

á todo el que fije la vista en este precioso monumento de la literatura española: hablamos de la estrecha semejanza que existe entre la Tarsiana del libro de *Apollonio*, la Preciosa de la *Gitanilla de Madrid*, debida á la pluma de Cervantes, y la Esmeralda de *Notre Dame de Paris*, obra de nuestros días que enaltece el talento de Victor Hugo. Ya antes de ahora tuvimos ocasion de comparar la *gitanilla* española y la *bohemia* francesa; pero cuando hicimos este cotejo no se habia dado á luz el poema de *Apollonio*, y aunque teníamos alguna noticia de él ¹, no siendo tampoco para nosotros desconocido el *Patrañuelo* de Timoneda, como aquella era algo incompleta, y veíamos desfigurado en parte por este el carácter de Tarsiana ², no pudimos remontarnos al origen de la bella creacion que aclimató en nuestro suelo el inmortal autor del *Ingenioso Hidalgo* ³, y que ha enriquecido en más amplia escala la novela del siglo XIX.

Conocido el camino que hace la tradicion oriental de *Apollo* y de su hija, cúmplenos ahora añadir que guardan en efecto con ella la mayor semejanza, así la Polítania del *Patrañuelo*, donde más se altera aquel delicado tipo, como la Preciosa y la Esmeralda. Todas nacen en ilustre cuna; todas son hermosas, se hallan dotadas de virtud, pureza y valor, y expuestas á las in-

¹ Habíala dado Rodriguez de Castro en su *Biblioteca española* (tomo II, pág. 504, col. 2.^a); pero tan incompleta, que no era posible formar juicio alguno. Sólo cuando publicó en el tomo IV de la 2.^a série de la *Revista de Madrid* el Sr. Pidal el libro de *Apollonio*, que imprimió por separado en 1841, pudimos completar este curioso cotejo, indicado en la traduccion castellana de Sismondi, que con anotaciones y aditamentos dimos á luz en el mismo año.

² Véase la *Patraña oncena*, que tiene por epigrafe estos versos:

Apolonio por casar
Con la hija de Antioco
Grandes infortunios toco
Que pasó por tierra y mar.

³ Don Antonio de Solís, celebrado autor de la *Conquista de Méjico*, puso en escena despues de la muerte de Cervantes la *Gitanilla de Madrid*, conservándole el mismo título. Es una de sus más aplaudidas comedias, y ocupa en la *Coleccion* dada á luz en 1744 el octavo lugar, habiéndose sostenido en el teatro hasta los últimos años (Gil y Zárate, *Manual de literatura*, ed. de 1834, pág. 471).

jurias del mundo, luchando con entereza y constancia contra la adversidad de la suerte, rechazando el oro y las amenazas de sus perseguidores, y conservando ilesa la flor de su virginidad, ardentemente codiciada. Y para que la semejanza sea más completa, todas ganan el sustento en medio del tumulto de las plazas públicas con el encanto de su voz ¹ y las melodias de los instrumentos por ellas pulsados; y mientras despiertan en unos carnales apetitos, ó mueven en otros compasivos afectos, inspiran profunda pasion en los nobles pechos de Antinógoras y Palimedo, de don Juan de Cárcamo y del capitán Febo.

La menos pura, la más sensual de todas es sin duda la Esmeralda de Victor Hugo, á quien seducen ó deslumbran al cabo la juventud, la gallardía y la nobleza de su amante; pero no llega sin embargo á marchitarse su frescura, siendo en verdad heróico el teson con que rechaza las tenaces importunaciones de Frollo, encendido por ella en amor irresistible. Tambien es la Esmeralda la que está reservada á un fin más desastroso, sufriendo al propio tiempo las más duras pruebas: Victor Hugo escoge el desenlace terrible que pone fin en un suplicio á los días de su heroína, mientras en *Apollonio*, en el *Patrañuelo* y en la *Gitanilla* se purifican Tarsiana, Polítania y Preciosa por medio de los padecimientos, para conquistar la felicidad en la tierra. Pero en esto precisamente debemos notar cómo las ideas de unos siglos se modifican y someten á las de otros, y cómo el arte de unas edades,

¹ Ninguna de las leyendas y poemas de la edad media dá razon de los versos que Tarsiana cantaba en el mercado: sólo el cód. F. 152 incluye los que dirigió á Apollonio, que trasladaremos á este lugar para completar en lo posible la noticia que hemos dado de esa version desconocida hasta ahora. Dicen:

Per sordes gradior, si sordes conscia non sum,
Sic rosa in spinis nescio conpungi macrone:
Piratae me rapuerunt gladio ferientis iniqui.
Lenone nunc uendita, nunquam violavi pudorem:
Si fletus et lacrimae aut luctus de amicis inerent,
Nulla a me nobilior patri, si nosset ut essem.
Regio sum genere, stirpe procreata priorum:
Ut, deo volente, nubear quandoque laetari.
Redde coelo faciem, animos ad sidera tolle,
Aderit nempe Deus, Creator omnium et auctor,
Qui non sinit hos fletus, casso labore relinquo.

empleando diferentes medios, desenvuelve las concepciones de otras; ejerciendo grande influjo en este linaje de elaboracion no solamente el espíritu nacional de cada pueblo, sino aun el pasajero capricho de la moda. Seguía Victor Hugo la escuela apellidada *romántica*, que pretendía emancipar las letras de la autoridad de los clásicos; y aunque la hermosa figura de Tarsiana no había nacido en el arte clásico propiamente dicho, al fijar sus miradas ya en la *Gitanilla* de Cervantes, ya en las leyendas de los siglos medios, creyóse obligado, para ser consecuente, á cortar el hilo de la vida de su Esmeralda con una horrible catástrofe, todavía más terrible por los dolorosos gritos de la triste madre, que sólo en aquellos desgarradores momentos logra estrechar, ya cadáver, á la perdida hija.

Confesamos que, á pesar de la brillantez sorprendente con que están trazadas estas escenas, no puede menos de repugnarnos el arte que se complace en bosquejarlas á menudo, sólo para ser trágico y sanguinario, cayendo en brazos del más desconsolador fatalismo. La Preciosa, la Politania y la Tarsiana, infundirán tal vez al fin de la jornada un interés menos vivo; pero hallarán sin duda mayor número de simpatías, especialmente la última, que guarda, digámoslo así, más pura fragancia, como más cercana á la fuente primitiva. Digno es sin embargo de observarse que el mayor desarrollo de esta idea corresponde á la literatura francesa, postrera que ha llegado á ensayarla¹: en el libro de *Apollonio* y en el *Patrañuelo* forma la historia de Tarsiana y de Politania un solo episodio; bajo la pluma de Cervantes, es la Preciosa heroína de una novela de cortas dimensiones; en *Notre Dame de Paris* toma ya proporciones colosales, llenando la Esmeralda el gran cuadro, en que se agrupan extraordinarios sucesos, animados todos por el espíritu filosófico del siglo XIX, bien que conservando el colorido especial de la corte de Luis XI, teatro de los mismos.

¹ Don Gabriel Estrella, jóven poeta sevillano, ha reproducido en el teatro el mismo asunto de la *Gitanilla de Madrid*, y al imprimir estas líneas vemos anunciada una zarzuela, debida á don Francisco García Cuevas, sobre el mismo tema.

No estan pintados con tanta verdad y gracia todos los caracteres del libro de *Apollonio*, ni interesan en grado igual todos sus episodios. La historia de Luciana y su bello carácter llamarán no obstante la atencion de todo crítico que no detenga sus miradas en la rudeza ó brillantez de las formas. La hija de Architastes ama en Apolonio la virtud y la ciencia, y por su ciencia y su virtud le antepone, pobre y náufrago, á todos los príncipes que solicitan su mano. Su amor es constante y duradero, como el principio que le dá aliento, y ni lo debilita el aparente abandono de su esposo, ni lo resfrian los años de aquella forzada ausencia, gastada en oraciones y plegarias por la salud y bienandanza de Apolonio en el retiro del claustro. Sólo es grato á Luciana volver á la vida, porque nace en su pecho la esperanza de tornar algun dia á los brazos del hombre sabio y morigerado, que dominando su razon con el poderio de su virtud y de su ciencia, le hizo posible la felicidad en la tierra; y semejante idea, nada vulgar entre los españoles del siglo XIII, debió ser altamente accepta á los eruditos, contrapuesta como estaba á las preocupaciones generales, que sólo reconocian mérito y valer en la fuerza de las armas ó en el aparato de las riquezas. Y esta misma consideracion daba sin duda subido precio entre los doctos al carácter de Apolonio: un hombre, que armado de la doble antorcha de la prudencia y del saber, corre por todas partes en busca de la felicidad, la cual huye delante de sus ojos, y que despues de apurar la copa del infortunio, alcanza esa misma felicidad, que derrama con mano generosa sobre cuantos le rodean, si no podia despertar en aquella edad el interés de la muchedumbre, pagada sólo de sus propios héroes, excitó las simpatías de los discretos, que hartos de escenas de violencia y de sangre, ambicionaban acaso tales egemplos y enseñanzas.

Y no hubieron de serles menos gratas las figuras de Architastes y de Antinógoras: el amor á la virtud y el amor paternal son las prendas que más resaltan en el primero, mientras caracterizan al segundo la generosidad y la hidalguia. Llevado de aquellos sentimientos, acoge Architastes al náufrago y desconocido rey, y colmándole de beneficios, le entrega al fin su propia hija, seguro de que puede labrar su felicidad, norte único de sus deseos. Ava-

sallado Antinógoras por la inocencia y el dolor de Tarsiana, contrae el deber de respetarla y defenderla, teniendo en él la desvalida huérfana, así como la Preciosa de Cervantes en don Juan de Cárcamo y la Esmeralda de Victor Hugo en el capitán Febo, eficaz protector que, siguiendo todos sus pasos, le sirve en su abandono de verdadero escudo. Al cabo alcanza Antinógoras la no sospechada fortuna de restituirla á su padre, obteniendo en recompensa su envidiada mano; recompensa que contrasta mercedamente con el duro castigo del codicioso rufian ¹, de Estrangilo y de Dionisia, así como son de todo punto desemejantes las cualidades de unos y otros caracteres.

Digamos pues al terminar el estudio del libro de *Apollonio*, y dejando para luego el exámen de sus formas meramente artísticas, que este raro monumento de la poesía erudita española es una de las más interesantes conquistas que la preparan para adquirir nuevos laureles en la única senda que le era posible recorrer, dado ya el impulso, en la manera antes de ahora examinada. Mas si al apoderarse de esta singular historia, pudo el poeta español comunicarle el colorido de las creencias y de las costumbres del siglo XIII, introduciendo en ella los aditamentos y alteraciones que hemos notado oportunamente, llevado de ese instinto de regularidad, ya reconocido por nosotros, ó careciendo tal vez del lleno de conocimientos que poseían los más sabios, no le fué dado sembrarla de aquellas múltiples digresiones científicas y literarias, que en pedantesco maridaje caracterizan la mayor parte de las producciones coetáneas.

En ninguna de las obras poéticas escritas por aquellos tiempos en la Península Ibérica, se ostenta este aparato de ciencia con tanta profusion como en el *Poema de Alexandre*; prueba suficiente sin duda para demostrar que aspiraba su autor á mayor lauro que el obtenido por el de *Apollonio*, y causa naturalísima de la grande celebridad que alcanza, al aparecer su libro en la república

¹ Juan de Timoneda, que alteró ó halló alterada en muchos puntos esta tradicíoa, segun vá notado, hace que Lenio el mesonero (Leno) solicite y obtenga perdon de Politania, «dándole sin esto doblado precio de aquel que pagó á los corsarios por ella».

de las letras. Nada hay en efecto que se oculte á las miradas del escritor erudito, quien pone en contribucion todo género de conocimientos y noticias para acaudalar y llenar de portentos su obra maestra. Teología y filosofía, astrología y astronomía, ciencias políticas y naturales, geografía é historia... cuantas nociones tenían algun precio entre los doctos de la primera mitad del siglo XIII, sin perdonar las que ministraban los estudios clásicos, hallan acogida en el *Poema de Alexandre*, modificando y enriqueciendo extraordinariamente el libro latino de Gualtero de Chatillon, que le sirvió sin duda de principal base, y adjudicando así al vate castellano el galardón de la originalidad por él ambicionado ¹. Poseído de esta manera de pasión erudita, le vemos pues hacer, cual astrólogo, misteriosos vaticinios sobre el nacimiento de Alejandro; explicar con tono de maestro las causas que en su entender producen los eclipses; enumerar largamente las virtudes de las piedras preciosas; describir, como entendido cosmógrafo, las comarcas reales y las fantásticas regiones, adonde lleva sus héroes, ya levantándolos en rápido vuelo sobre las nubes, ya conduciéndolos por las oscuras cavernas del mar y del averno; disertar con la gravedad del teólogo y la autoridad del sacerdote sobre la religion, la moral y las costumbres; y discurrir finalmente por los dominios de la historia, repitiendo al propio tiempo la inmortal narracion de Homero y los desastres de Priamo.

Al compilar y fundir en una sola produccion estas varias nociones, siguiendo la ley general de los estudios, mostraba en verdad el autor del poema de *Alexandre* que ni le eran peregrinos los estudios hechos ya desde el siglo XI por la raza hebrea respecto de las ciencias astronómicas y naturales, ni habia olvidado las respetadas enseñanzas de San Isidoro, consignadas en el libro de los *Orígenes*, ni era tampoco ajeno al movimiento clásico de las letras latino-

¹ Demás de las observaciones que adelante expondremos, parecen bien llamar la atención de los lectores sobre las expuestas por Sanchez en los números 30, 31 y 32 del prólogo á la edicion del mismo poema, tomo III de su *Colec. de poes. ant. al siglo XV*. Posible y aun probable es que el autor del castellano conociera la *Alexandriade* de Lamberto Le Court y Alejandro de Bernay, dado á luz por vez primera en 1861 (Paris, por F. Le Court Villethasetz y E. Talbot).

eclesiásticas, siéndole por el contrario muy familiares así los escritores sagrados como los poetas latinos, que alcanzaban entonces mayor estima en las escuelas. Pero en medio de ese alarde de ciencia, que aun no sazonado por la sobriedad de la reflexión ni por la madurez del juicio, parecía preludiar en nuestro suelo la memorable época del Rey Sabio, cayó el poeta en todos los anacronismos, contradicciones é inconsecuencias, comunes al mundo erudito en aquella edad, y que determinamos ya al explicar la primera trasformación del arte vulgar español: en el libro de *Alexandre* resalta sin embargo más que en otra alguna de las obras del siglo XIII la enérgica vitalidad del pueblo castellano, destinada á dominar en todas edades cuantos elementos extraños vienen á fecundarse en la Península, por más que reconozcamos que este notable monumento pertenece fundamentalmente al mundo erudito ¹.

¹ Sin el temor de dar excesivo bulto á estas investigaciones, expondríamos aquí cuanto han observado eminentes críticos sobre las tradiciones relativas al hijo de Olimpias y sobre los poemas, ya escritos en lenguas orientales, como los de Ferdusi, Nizami, Abú Thaher, Abd-al-Salam, etc., cuyas huellas, aunque muy inciertamente, parecen seguir Calistenes, Julio Valerio y sus propagadores en las literaturas modernas; ya compuestos en las lenguas clásicas, en que fueron consultados y tenidos principalmente por guías Arriano y Quinto Curcio, á cuya escuela perteneció Gualtero de Chatillon (el maestro Galtero), cuya *Alexandriada*, dada á luz en MDXXXI, *cum gratia et privilegio*, sirvió de base principal al poeta castellano. Nuestros lectores pueden consultar sobre este punto, harto ilustrado: 1.º la *Histoire litter. de France*, tomo XV, pág. 160 y sigs.; 2.º la edición de la *Alexandriade* de Lamberto Li Cors (ó le Tors), por el docto Enrique Michelant; 3.º el prólogo de la edición del mismo poema, debida á los eruditos F. Le Court de la Villehassetz y Eugenio Talbot; 4.º los memorados *Estudios* del docto Wolf, pág. 67 y sigs.; y con ellos los trabajos parciales de Langlet (*Biograph. univ.*, tomo XIV); Moli (*Collection orientale, Livre des Rois*); Saey (*Biograph. univ.*, tomo XXX, pág. 302); Cardonne (*Bibliothèque des Romains*, tomo I, pág. 24 y sigs.); y otros mencionados novísimamente por el diligente Puymaigre (*Les vieux auteurs*, tomo I, pág. 314 y sigs.). De todos estos estudios se deduce, como indicamos arriba, que Juan Lorenzo de Astorga se inclinó á la tradición clásica, si bien mostró no desconocer las orientales, que acaso echaban en España más profundas raíces que en otra de las naciones meridionales, como advertiremos al examinar la *Grande et General Estoria* del Rey Sabio, todavía desconocida de los eruditos.

Mucho se ha dudado sobre el nombre del verdadero autor de este poema, cuya breve exposición nos dará cabal idea de su mérito, confirmando las observaciones ya indicadas: los más escritores que le mencionan, lo atribuyeron al Rey Sabio, error desvanecido por Sanchez, su primer editor, y que provenía de no haber tenido exacto conocimiento de toda la obra ¹. Esta, que es sin duda la de mayor extensión de cuantas se escribieron en su tiempo, fué debida á un clérigo de Astorga, oriundo de Segura, llamado Juan Lorenzo ²; y aunque no aparece compartida en cantos

¹ Los escritores más notables que cayeron en este error, suponiendo además que el poema de *Alexandre* estaba escrito «en sextillas y aun en varias especies de versos», son: don José Pellicer y Ossau, *Informe de la casa de los Sarmientos*, fól. 35; don Nicolás Antonio, *Bibl. Vet.*, lib. VIII, cap. V; el marqués de Mondéjar, *Memorias históricas del rey don Alonso, el Sabio*, libro VI, cap. XI; Velazquez, *Orígenes de la poesía castellana*, pág. 43 de la ed. de Málaga, y Rodríguez de Castro, *Biblioteca española*, tomo II, pág. 631. Digno es de repararse en que todos creyeron que el supuesto poema del Rey Sabio comenzaba con la copla:

Subiugada Egipto | con toda su grandia, etc.

² Esta es la opinión que ha generalizado Sanchez, no sin fundamento: sin embargo, un hombre respetable por su mucha lectura y buen juicio, don Ramon de Loaisa, bibliotecario de la arzobispal de Toledo, cuya pérdida lamenta el profesorado español, nos manifestó hace algunos años que abrigaba vehementes dudas respecto de la opinión de Sanchez. Fundábanse estas en que en los III.ºs *Anales toledanos*, después de mencionar al arcediano de Toledo, que lo era al mediar del siglo XIII el Mtro. Jofre Garcia de Loaysa, se le designa apellidándole *el dicho Alixandre (Esp. Sag., tomo XXIII, pág. 418)*. Y como este parezca un título de excelencia, pues no hay duda en el nombre del arcediano, constando por otra parte que escribió una *Crónica* castellana, según en otro lugar veremos, deducía el don Ramon que era su ascendiente autor del poema de *Alexandre*. Puestos en el terreno de las conjeturas, necesario es confesar que esta se halla bien fundada; pero admitida, es necesario suponer: 1.º que Juan Lorenzo fué sólo copiante, como Pero Abat en el *Poema del Cid*, dando á la voz *escribir*, usada en la copla 2510, con que el libro de *Alexandre* termina, la común interpretación de aquellos tiempos: 2.º que Jofre ó Gofredo escribió el dicho poema muy en la juventud, si han de tener aplicación las pruebas históricas que sobre la época en que el poema se escribe dejamos alegadas, pues que el arcediano vivía en 1290. Una observación crítica de mucha importancia debilita sin embargo todas estas

ni libros, como la *Alexandreida* de Gualtero, lo cual puede no sin fundamento atribuirse á ignorancia de los trasladadores, admite una division natural y cómoda para la inteligencia del análisis, resultando de ella nueve diversos libros de regulares dimensiones. El primero, que comprende la exposicion de todo el poema, mostrando que el autor

5 Quiere leer un libro | de un Rey noble pagano,

abrazo desde el nacimiento de Alejandro, que adoctrinado por Aristóteles en toda arte de *clerezia*, sabe al entrar en la juventud, que estaba su patria sometida á tributo de los persas, lo cual enciende en su pecho ardiente deseo de venganza, asemejándole al

28 chicuelo leon
Cuando iaz en la cama | et vee la venaçion,
Non la pueda prender | et bateiel' coraçon.

Excitada esta bélica disposicion de Alejandro por los consejos de su maestro, resuélvese á recibir la *orden de caballería*, y ciñendo una espada, templada por Vulcano, la cual

83 Avie grandes virtudes, | ca era encantada,

y armándose de maravilloso escudo, viste delgada camisa, tejida por dos «fadas en la mar», cubriendo no menos precioso brial y

suposiciones: refiérese al carácter particular del lenguaje usado en el libro de *Alexandre*. Como demuestra Sanchez, lejos de ser la lengua de las *cuatro calles de Toledo*, que el Rey Sabio señalaba, en vida del arcediano, como norma de la castellana (Véase la *Ilustracion* II.^a de la I.^a Parte), la empleada en el poema es la hablada en el reino de Leon, donde todavia se conservan muchas voces con la misma forma. Así, no siendo creible que un arcediano de Toledo, nieto de un alcaide de Écija (*España Sagrada*, tomo XXXII, página 420), y que anduvo siempre en la corte de Castilla, adoptase por capricho los provincialismos leoneses, nos inclinamos á seguir la opinion autorizada por Sanchez, observando además que la voz *escribir* tiene en el libro de *Alexandre* un sentido especial, pues que el poeta dá terminantemente el nombre de *escribanos* á los escritores que cita, y declara que si logra su objeto se tendrá por bueno entre ellos: hé aquí sus palabras:

5 Terné, si lo compliere, | que soe bon escribano.

manto, que le precavian con aquella de toda lujuria, frio y calor, haciéndole al par infatigable. Con estos arreos llega el hijo de Olimpías al pié del altar, y ofrecidas allí «sus donas», eleva á Dios ferviente plegaria, exclamando:

108 Sennor... que tienes | todo el mundo en poder,
A quien çielo et tierra | deuen obedecer,
Tú guia mi façienda, | si te cae en plaçer,
Que pueda lo que asmo | por tí acabeçer.
109 Tú dá en estas armas | la tu benediction,
Ca sin tí non val nada | ninguna guarniçion,
Que pueda fer con ellas | atal destruyçion
Porque saque á Grecia | desta tribulaçion.

Quinientos caballeros armados de su mano, se aprestan á seguirle, en busca de aventuras, preparándose de este modo para la grande empresa que habia concebido; y hechas las primeras pruebas, con muerte de Nicolás, rey poderoso, que se opone á sus correrias, torna á su patria, donde niega á Dario las parias que á la sazón exigian sus mensajeros, acometiendo despues la conquista de Armenia y castigando la traicion de Pausanias, que apresura su advenimiento al trono de Macedonia.—Desde este instante dirige ya todas sus fuerzas contra el coloso del Asia; y convocando primero en su ayuda todos los pueblos de Grecia, y domeñando despues á los atenienses y tebanos, que se oponian á sus proyectos, logra ser acatado como señor por todas las naciones del archipiélago, llevando sus armas al imperio de Dario, cuyas costas saluda, lanzando sobre ellas una envenenada saeta.

Comienza el segundo libro, haciendo una descripcion geográfica de todas las partes del mundo, á la sazón conocidas, si bien fijándose principalmente en el Asia: el espectáculo sorprendente de aquel hermoso y desconocido pais despierta en el ánimo de Alejandro gratas sensaciones y alegres esperanzas, y sometida en breve á su esfuerzo toda la Frigia, sube de punto su entusiasmo, al contemplar desde una colina los venerables escombros de Troya, cuya historia refiere á sus capitanes, ambicionando la gloria de Aquiles. En esta relacion, que forma uno de los episodios más largos del poema, no solamente dá á conocer Juan Lorenzo el fruto de sus estudios clásicos, con la lectura de Homero, Vir-

gilio y Ovidio ¹, sino que cediendo al influjo de actualidad más de lo que pudiera imaginarse, convierte el palacio de Deidimia en un monasterio de monjas, donde encierra entre «sorores» al hijo de Peleo; reviste con la dignidad de condes y vizcondes á los caudillos de Troya y Grecia, y haciéndoles recordar que les «dieron pescozada»; es decir, que habian recibido orden de caballeria, los arma á la usanza de Castilla, y les atribuye finalmente las ideas, el lenguaje y los sentimientos religiosos de nuestros mayores; condicion que alcanza igualmente, aun respecto de las costumbres, á las mismas deidades del gentilismo. Así vemos por ejemplo que Vénus se adereza, para presentarse al juicio de París, como una dama del siglo XIII:

334 Por mostrar que non eran | las otras sus pareias,
Alcaforó los oios | tinnió las sobreceias,
Cobrióse de colores | de blancas et bermeias;
Metió en sus manos | d'oro muchas sorteias.

Así tambien que aparece Héctor armado como un Cid ó un Fernan Gonzalez:

430 Armós' el buen cuerpo | ardido et muy leal;
Vestió á corona | un gambax de cendal,
Desuso la loriga | blanca cuemo christal:
—Fijo, dixo su padre, | Dios te curie de mal.
431 Calçó las brafoneras | que eran bien obradas,
Con sortijas d' acero | sabet, bien enlazadas:
Así eran presas [amas] | et bien traçadas
Que semeiaban calzas | de la tienda taiadas.

¹ En efecto, Gualtero de Chatillon ó Castillon pone sólo en boca de Alejandro, ya al final del primer libro de su *Alexandreida*, un apóstrofe dirigido á Aquiles, al contemplar su tumba, mientras el poeta castellano le hace contar menudamente toda la guerra de Troya, ó como si dijéremos *de fondon*, segun la frase del mismo Juan Lorenzo (cop. 314). Lo que en la *Alexandreida* consta sólo de veinticuatro versos (lib. I), tiene en el libro de *Alexandre* mil seiscientos diez y seis en cuatrocientas cuatro coplas de á cuatro (de 312 á 716).—Verdad es que antes de este episodio, tan erudito como impertinente, habia ingerido ya algunos otros pasajes de su cosecha, entre ellos la expedicion de Nicolao (cop. 116 á 128), que tomó sin duda del poema de Li Cors (*Comment Alexandre ala contre le roi Nicolas*, pág. 34, ed. de Le Court, etc.).

432 Pues fincó los inoios | et cinniós' lespada:
Qui tollergela quissies' | auerlaie conprada:
Cobrióse el almofar | de obra adiana,
Dessus el yelmo | de obra esmerada ¹.

El libro tercero nos dá ya cuenta de Dario, quien al saber que Alejandro ha invadido sus dominios, le envia una embajada para que se vuelva á su reino, amenazándole con que le entregará á los rapaces de su imperio para que le deshonren, si insiste en su temerario propósito:

736 Eres ninno de dias | et de sesso menguado;
Andas con grant locura | et serás mal fadado;
Se te fuesses tu uia, | series bien acordado;
Se te guias por otro, | eres mal conseiado.
737 El árbol que se coyta | temprano florecer,
Quémalo la gelada | non lo dexa crecer...
.....
739 Se tú en esta porfia | quisieres porfiar,
Non porná en tí mano | nul ome de prestar:
Façerte he á los rapaces | prender et desonrar,
Cuemo á mal ladron | que anda por robar.

Grande fué el sobresalto de los griegos, al recibir este mensa-

¹ No puede ser mayor la exactitud de estas observaciones en orden á las costumbres; mas para que se forme aun más completa idea, veamos cómo se pinta la tristeza de las troyanas, al presentarse Aquiles segunda vez en el campo:

340 Las madrones de Troya | fecieron luego çirios;
Vistien todas sacos | et asperos çiliçios;
Ornaron los altares | de rosas et de lirios;
Por pagar los sanctones, | todos cantaban quirios.

Despues Héctor, al entrar en lid con el hijo de Peleo:

633 Acomendó su alma | al Padre [eterno et] sancto.

Y cuando los griegos vieron destruidos los muros de Troya:

665 . . . con el gozo | todos palmas ferieron,
Todos á una voz *Deo gracias* dexieron,
.....
Echando el bofordo et feriendo taulado.

No hizo más el Cid, cuando ganó á Valencia. Obsérvese tambien que no de otro modo solemnizó Apolonio el hallazgo de su hija, *firiendo palmas y quebrantando tablados*.